

NOTAS DE UN PEREGRINO

LOURDES, LA CIUDAD DE LA VIRGEN

Quiero, ante todo, al comenzar hoy esta serie de artículos en que ire esbozando unas ligeras estampas de lo que nuestra peregrinación ha sido, hacer saber que esto no tiene más trascendencia que un pequeño apunte desde un punto de vista subjetivo, de algo que tiene una proyección en el tiempo mayor, infinitamente mayor, de lo que una mirada podría abarcar. Pero han rogado que lo haga y acaso esto un desahogo de tantas emociones como en dos semanas inolvidables han acumulado de mí. Pero insisto en que toda descripción será pobre y toda explicación resultará vacía. Han incluido en cuenta que descartar el aspecto asombroso, ya que no es la primera vez que visitaba Roma, pero que en tantos los matices, los detalles, las variaciones, que siempre se presenta a los ojos como algo inédito y que nos parece al paso, que lo llevábamos siempre en nuestro recuerdo. Estoy seguro, no acertaré a explicarme bien, por este comienzo...

LOURDES.—Es en la ortodoxia católica, cosa olvidada de puro sabida, que las gracias más solicitadas de Dios llegan a nosotros pasando por manos de la Madre. Los peregrinos españoles, marianos cien por cien, no han olvidado en su programa el postarse a los pies de la Inmaculada en esa bella ciudad de los Pirineos franceses donde no hace muchos años aun, Ella escogiera su trono, y hemos ido a suplicarle esa gracia de llegar al Padre a través de sus caminos, como fuimos al acabar las jornadas a agradecerle en las peñas altas y absurdamente geométricas del Montserrat catalán, en un día desahogado y envuelto en neblina.

Pero esta tarde de Lourdes, el cielo azul y el perfil de su Basílica se reclinaba en el luminoso horizonte; al bajarlo desde el tren, los gritos y cantos de los peregrinos han estallado inabundantes. Luego, al pasar por sus calles, una riada humana inmensa nos ha llevado casi sin pensarlo el camino a la Santa Gruta.

—¿Siempre así?—hemos preguntado a la simpática muchacha que nos guiaba en el "magazine".

—Oh, sí! Lourdes siempre está llena de peregrinos de todo el mundo.

Hay en el ambiente algo raro que nos perturba en esta ciudad, cuyo aspecto de fiesta es lo normal. A lo largo de las calles se extienden las tiendas que sus escaparates salen del ámbito local para llegar a obstaculizar las aceras, y en ellas recuerdos a miles con el tema eterno de la Virgen, la Gruta, la aparición... Lourdes es, sin duda alguna, la ciudad de la Virgen. En ninguna parte hemos podido apreciar esta en una total, ese constante vivir—y crecer, todo hay que decirlo—de un pueblo, de un hogar, mejor, que lleve el sello de lo sobrenatural y ha buscado para engrandecer e inmortalizar el villorrio que hace aun me día sí, Lourdes.

¿Aun no ha visto "la canción de la Gruta"? Es imposible evitar la emoción; con ese poder mágico que tiene sobre nuestra imaginación, nos vuelve a ver a la rústica muchacha en el mismo sitio donde junto al agua sorprendió la aparición; de nuestra casa ha aparecido ante nosotros y su anhelo camina hacia la Gruta entre la expectación casi hostil del vecindario, y luego al final aquellas palabras en que los miles de fieles se arrodillan a la roca santa en cánticos de fe y esperanza; y hemos debido el alma que al conjuro de su mandato brota entre las secas hierbas. Y todo esto que hemos evocado, ha vuelto a aparecer ante nuestros ojos en la noche cuando las peregrinaciones llegaban a todo el día se han reunido al pie de la Gruta, para iniciar allí un Rosario que sembraría de miles y miles de oraciones lo largo y lo ancho del valle que rodea la Basílica, en una misión interminable. Ya no podré recordar el cántico del "Ave, Ave María"—se mismo que en estos días de mayo llena nuestras calles—sin imaginarme una fila ondulante erizada de flores que va serpenteando junto al río, por los arcos, circundando la doble Basílica. Son miles de voces que aclaman a la Madre en diversos idiomas, día uno con su lengua vernácula cantando la estrofa, para unirse en el "Ave" al que todos decimos lo mismo. Y los farolillos van indicándonos adonde se reúnen sus seguidores. Los U. S. A. americanos, con sus padres rubios y blancos, y los indios de Ceilán, son los que más llaman la atención; en realidad éstos son la nota exótica y brillante de todo el día; sus rostros colorados se les ve por todas partes y con esos trajes de absurda mezcla de batas de chillones colores y el tur-

bante, completados con el impecable abrigo europeo y la "leika" al hombro. Y en todos ellos una fe en sus ojos y en sus modales, que a los cristianos viejos y de ambiente fácil, nos estrecha el corazón un poco.

Pero sigamos con el cortejo. Son en su mayoría de Diócesis francesas; los nombres de los faroles repiten su procedencia. La Canaury, San Albano, Journells, Allene, San Georges, San Chely, Chaire, Amenny y muchas más. En su mayor parte llevan el aire rústico y macizo del terreno; acaso sean campesinos, pero sin saber por qué nos llena el alma de esperanza. El tema de la Francia irreligiosa anda demasiado entre nosotros para no mirar esto con atención; hay hombres que cantan con voz ruda y mujeres a millares en correcta formación; es posible que Francia este en manos ajenas, pero esta noche he querido ver a la dulce Francia de Juana de Arco, de Teresa de Lisieux, la de la peregrinación juvenil a Chartres y que canta Paul Claudel, en esa masa que avanzaba entusiasmada, es difícil tomar el pulso a una nación de paso; intente hacerle en Marsella a la vuelta ante un simple cartel acabado de poner a profusión por las calles, donde los comunistas protestaban violentamente por la destitución de Juliot Curie; paraban ante el las centes y traerlo se iban sin un comentario; no pude por lo tanto lograr mi intento, pero aquellas voces francesas aclamando a la Virgen, iluminaban, sin saber por qué para mí, el futuro de Francia.

Al final de la procesión iban los españoles: bulliciosos, sin orden ni banderas, gritaban y aparecían en mayor número que los demás.

Al incorporarnos al desfile les reconocimos con facilidad aun sin llevar distintivos alguno; a lo largo de la peregrinación esta característica improvisación nuestra, sería la pauta y terror de toda organización. "España y yo somos así", podríamos decir cada uno de nosotros. Aquella noche en Lourdes ocurrió algo curioso: uno de los carteles franceses llevaba este nom-

bre: "España", y no fueron pocos los españoles despididos que se fueron allí creyendo ver en esto una traducción de España, mientras los sencillos franceses asombrados, no se explicarían el por qué de esta afluencia.

La procesión corrió las avenidas a lo largo de un par de horas en la noche; tras la salva final se disolvió bien tarde, aunque rara vez estuvo la Gruta sola en aquel amanecer; con el sol fuera se repetía el espectáculo en un interesante alfiler a la Comunion, a las rosas, a la fuente milagrosa, al Calvario artístico de los alrededores y las tiendas que cerrando solo unas horas en la noche, siempre se veían abarrotadas, pese a la ausencia de franceses y sus precios absurdos. Y lo más patético, aquel incansable desfile de carritos de enfermos que a todas horas iban y venían conducidos por forzados enfermeros, algunos de los cuales rezaban el Rosario con su postrada pareja; en todos ellos ese anhelo en la oración y en los rostros que nos hablaba de aquella fe que mueve las montañas...

Lourdes fue nuestra portico ideal, espiritual iniciación de las jornadas de Roma; aquel aliento y clamor ante la Madre nos empujara todo ese día y el siguiente a través de las campiñas francesas e italianas hacia la meta señalada. Aquí vi el primer atisbo de esa catolicidad que sería nota preminente a lo largo del viaje; esa unión de razas y hombres en un solo Credo. Bastantes sacerdotes debido a las prisas y el número le fue imposible celebrar el Santo Sacrificio y habían de acudir como un fiel mas a la sagrada Eucaristía; en una fila vi durante un momento el extraño grupo que formaba un sacerdote español entre un indio de Ceilán y un negro de nuestra Guinea, todos dispuestos a recibir al mismo Dios. El respeto al lugar conuvo mi máquina fotográfica, pero el detalle me hizo meditar. Mas tarde en Roma quizás me hubiera parecido casi natural; pero lo de Roma lo dejaremos para un nuevo capítulo.

A. P.

Un emblema milagroso

En un cartoncito alegre y liviano, con la figura de una gacela a todo correr.

En un cartoncito gracioso y tan barato que vale, ¡solo cincuenta céntimos! También hay de estos emblemas unos muy bonitos de metal blanco y otros ya estupendos de metal dorado; podéis comprar los que queráis el día 1 de junio, en que la Sección Femenina llevará a cabo la cuestión anual de las juventudes. Estarán a la venta en todos los establecimientos públicos.

Podéis comprar el que queráis pero debéis comprar cualquiera de ellos. Ya vereis cómo os parecís, en efecto, una obligación adquirir esta enseña alegre y ligera, con una gacela en su correr.

Porque este es el emblema que las juventudes de Sección Femenina lanzará el día 1 de junio sobre la ciudad, con millones de mariposas blancas, doradas... Millones de mariposas que es preciso que se conviertan en millones de pesetas; es preciso, ¿para qué? Para que miles y miles de niñas españolas tengan salud, educación, vida; para que miles y miles de muchachitas anémicas se conviertan en lozanas chiquillas que dé gozo mirarlas. Albergues, escuelas, sanatorios, libros, medicinas, alimentos. ¿Sabéis lo que este cuestará? Muchos millones. Todos los que se van a recaudar el día 1 de junio.

Por eso no os guardéis el dinero en el bolsillo. Vamos a comprar no el emblema corriente de cincuenta céntimos, sino este otro de cinco pesetas, el de diez, o el de veinticinco. Vamos a pensar mientras lo compramos, cómo daña este bochorno veraniego a las niñas en flor de las juventudes. Cómo se musulan bajo el sol de fuego y cómo se le hunden los bellos ojos abrasados por el implacable calor.

Y vamos a seguir pensando en el bosque en el que ella puede correr y sestear a su gusto, en el albergue grande y fresco con libros sillones de pala y... un rico olor que llega de las cocinas y que acaba de abrir del todo el apetito ya provocado por el buen aire libre.

Vamos, amigos, a comprar para las niñas de las juventudes un trozo de plaza en donde el mar está frío de la arena, donde el sol no es un toro de fuego como aquí en la llanura, sino un adolescente que juega con cada chiquilla al puro juego de salud y de alegría.

Nada dobla tanto al corazón como ver a unas niñas—sobre todo a esas

niñas a punto de ser mujer-casada y triste en el terroz verano de la ciudad. Es como segar su gracia y su juventud; es igual que cortar su risa y su sueño al negarnos a comprar, ¡vaya una cosa!, uno de estos emblemas de color o de metal...

Ahora hablo de la gratitud y digo: ¡Bendito sea todo el comprador generoso de esta gacela que se venderá el día 1 de junio. Yo le aseguro un sueño más feliz en esa noche, una sensación más plenamente honesta durante toda la jornada. Y hasta le aseguro un verano más dichoso.

Cuando la playa y el campo, el monte y el mar, sean delicia para su descanso, será en su pensamiento un sueño apacible esta gacela que compro en bochornoso día. Y cuando la airosa presencia de una muchacha ligera y sana sea recreo de sus ojos, le dará gusto recordar que el vital impulso que mueve a la chiquilla lleva un ápice de su desvelo, de su generosidad.

Nada más feo que la tacañería, pero sobre todo dirigida a una mujer, a una niña, a una mujer en flor. Toda la esplendidez de los esplendidos españoles debe volcarse, sin remedio, sin disculpa, el día 1 de junio. Porque el ademán avaro de guardarse las pesetas, cuando las necesitan las niñas, las niñas de España, no puede ser menos gentil. Nos han dicho que de estos caballeros habrá muy pocos y que la cosecha de gacelas va a ser magnífica, para bien de lo mejor de España: las juventudes, gloria y promesa de la Patria.

Curso de Orientación del Magisterio. Será clausurado mañana por el Secretario General del Movimiento

El próximo lunes, día 29, a las ocho de la tarde, será clausurado el Curso de Orientación del Magisterio, por el secretario general del Movimiento, camarada Fernández-Cuesta, cuyo acto será retransmitido a toda España por Radio Nacional.

S. E. el Jefe del Estado inauguró la I Feria...

(Viene de la PAG. PRIMERA)

No basta nuestro Movimiento Nacional, con todos sus sacrificios—y eso lo he repetido muchas veces—para volver al punto de salida, al terreno de la indiferencia y de la frivolidad. España se deshacía, más que por la acción externa, por abandono interno. Esta Feria demostrará a todos los españoles que la visiten el esfuerzo campesino de nuestra nación, les revelará que España es eminentemente campesina; que España es mucho más que el chiste frívolo de sus ciudades; que el campo no puede volver a ser explotado políticamente por los hombres; que ya no es una realidad abandonada, sino que sabe organizarse y que en su organización une los brazos y el esfuerzo de todos para su resurgir. Solidaridad campesina reflejada en este certamen.

Todo esto nos expresa que el sindicalismo no puede ser internacional; el sindicalismo ha de ser eminentemente nacional, y ha de serlo porque los que vivimos sobre una misma tierra y sufrimos los rigores de un mismo cielo, necesitamos solidarizarnos para los quehaceres de nuestra vida en defensa de nuestros productos, en previsión de nuestro futuro, para la mejora de nuestras especies, del encauzamiento de nuestros ríos, de todas las tareas que requieren solidaridad o enfrentarse con una labor ingente. (Grandes aplausos).

Y esta es una dura realidad española. Hemos vivido muchas décadas alegremente del exceso de territorio sobre el número de nuestros hombres y de sus riquezas naturales, de lo que nos daba Dios, de lo que nos ofrecía la Naturaleza; pero cuando hemos crecido, cuando se han agotado los veneros de nuestras minas y no bastaron las cosechas de nuestros campos, nos hemos encontrado en la sequedad, en la amargura del que ve disminuir los productos del intercambio, y al crecer nuestra población sentimos todo el valor de aquella gran tragedia de que después de haber sido dueño de medio mundo, de haber poseído las tierras más férciles y ricas de América, encontramos reducidos a nuestro solar empobrecido, después de haber dado vida y riqueza a tantos pueblos. (Muy, bien, muy bien. Grandes aplausos). España, como os digo, nutria su comercio exterior con sus frutos y sus minerales. Por ello hemos tenido que volver a la realidad de nuestros frutos a la conquista de la cantidad, la calidad y el rendimiento; al resurgimiento de nuestra minería con la explotación de nuevos veneros de riqueza y la mejora de sus beneficios. Y esta gran tarea que se presentó a la nación y al Gobierno de España desde los primeros días de nuestro Movimiento es la que venimos realizando con dedicación amorosa a nuestro campo; pero los problemas del campo son en sí tan arduos y complejos que no puede improvisarse su solución; las operaciones en el campo son todas lentas, hay que sujetarlas al ritmo de las cosechas y con nuestra meteorología, que nos cirra el paso a nuestras ilusiones de una mejor distribución de las tierras en beneficio de la clase trabajadora campesina, ya que ese obstáculo insuperable de nuestra meteorología hace antieconómicas muchas veces las pequeñas explotaciones al enfrentar a nuestros labradores con la amargura de la falta en un año y muchas veces en dos de una mediana cosecha.

Por eso hemos pensado que una de las transformaciones principales residía en la transformación de los campos de secano en regadío, en multiplicar los pequeños y grandes regadíos, en mejorar las condiciones de nuestro suelo, en mejorar nuestras especies, nuestra simiente, en crear fábricas de abonos para asegurar que no pueden faltar nunca en España; en crear un crédito agrícola y en lograr por todos los medios y en todas las formas la mejora del campo español.

Pero no nos basta esto. Es necesario también mejorar la enseñanza, transformarla, lograr que nuestros peritos lleven la técnica al campo, que allí enseñen las técnicas modernas a nuestros campesinos, que la electricidad, la máquina y el tractor puedan ser servidos. Y ese es nuestro empeño, que no podremos lograr solos, sino con vuestra colaboración, con el entusiasmo de los campesinos, con ese buen sentido de la Organización Sindical en que vosotros sois los que tenéis que llevar a ella a aquellos hombres más capaces y firmes, para que con la confianza general y la solidaridad de la Nación podamos llevar a buen término y a buen puerto la nave campesina de la Patria.

Estoy seguro de que con vuestra ayuda, con el entusiasmo de la Falange, con el espíritu de los Sindicatos, la laboriosidad de nuestros hombres y el respaldo de nuestros técnicos y del Gobierno que no cesará en su empeño, esto se logrará, y podremos en nuestra

gestación hacer el campo español más unido, más grande y más libre. (Grandes y prolongados aplausos acogiendo las últimas palabras del Caudillo).

A los gritos de "Franco, Franco, Franco", y en medio de un entusiasmo inenarrable, Su Excelencia el Jefe del Estado abandonó el salón de actos, acompañado del cortejo oficial e invitados, y se dirigió a visitar la Feria.

EL CAUDILLO RECORRE DETENIDAMENTE TODOS LOS PABELLONES

Durante el recorrido, Su Excelencia el Jefe del Estado hizo diversas preguntas sobre diversas instalaciones, que fueron contestadas por el Delegado Nacional de Sindicatos señor Sanz Toribio. Su Excelencia mostró su complacencia por las magníficas instalaciones de la Feria.

Terminada su visita a la Feria, que duró cerca de tres horas, el Caudillo fue despedido por las autoridades y a su llegada. El numeroso público estaba prorrumpiendo en gritos de "Franco, Franco", cuando en los alrededores del Certamen repleto su entusiasmo al Caudillo prorrumpió en gritos de "Franco, Franco, Franco".—Cifra.



Al pie de la montaña, besando sus plantas el Júcar...

Por Antonio Velasco del Mazo

En el rincón apacible del feraz valle jucareno, empinada sobre la falda de unas montañas de Nacimiento, sintiendo a sus pies el suave murmullo de los olivos, mecidosse acompasados, y el cristalino tintineo de las aguas en su marcha rauda, con portada secular, cubierta por la patina anosa de la historia, bastión de la fe, vigia perenne de Cuenca en fiel vanguardia. Esta es, en frases líricas, no por ello exageradas, la descripción de la ermita que encierra, cual joya incomparable la morena hermosura de nuestra Patrona. La dulce Virgen conqunese que dentro de cuatro días recibirá en sus sienes la corona tejida con el esfuerzo económico de nuestro pueblo, y en su corazón, la fervorosa adhesión de Cuenca, volcando en ella todos sus sentimientos, toda su fe, toda su espiritualidad, joya inmarcesible de su formación ética, de su noble corazón castellano.

Pocas horas faltan para que sintamos de cerca el gran acontecimiento de nuestra ciudad, para que vivamos la fecha que define el año de Cuenca. Porque estoy seguro que hasta de la dura roca de nuestras empinadas callejas brotarán lágrimas de emoción, de exaltado apasionamiento de religiosidad. Es raro, ¿verdad? Pero así será. Tengo tanta fe en mi pueblo, en esa tierra que me vio nacer, confío tanto en vosotros, mis hermanos, que no puedo dudar ni por un instante en la grandiosidad de esta fecha que se acerca. Puede ser que alguien dude de lo que unas palabras expresan pero si supiesen lo que es sentirse zaherido, por el mero hecho de pertenecer a Cuenca, de ser de Cuenca, de ver flotar en labios ajenos la necia sonrisita de cualquier ironía, no pensarían tal cosa. Pues si ello nos menosprecia a los ojos del cuerpo, en el alma y en el corazón fortalece nuestro cariño a la tierra jucareña que se extiende a los pies de esa ermita, sagrario gigantesco, que encierra el amor de los amores de Cuenca. Ella, la Virgen de la Luz, desde su bienaventurada mansión vela por nosotros, fortalece con su ayuda nuestra fe, nuestra condición, nuestros sentimientos.

Ahora, en este día, que será inolvidable, del 1.º de junio, todos estamos obligados a tributar a la Madre el ruidoso homenaje de cariño, de gratitud, de esperanza, a quien, allá en el Cielo, aboga por Cuenca, nuestra patria, y por nosotros, conqunenses.

Esta es mi última crónica antes de tan fausta acontecimiento. Que este resulte como deseo que sea, como puede decirlo hijo de tan digna Madre. Así lo espero. Porque tengo fe, mucha fe en Cuenca, en quienes la rigen y en vosotros, hermanos.

De nuevo vuelvo a mi tierra, a esta cita que tenemos todos los conqunenses con esa Virgen merena que nos fascina desde esa ermita, faro eterno de Cuenca, al pie de la montaña, besando sus plantas del Júcar...